

pedia; y por otra parte vemos que se ofreció á ir á casa del Centurion á curar un criado suyo, no habiendo venido el mismo Centurion en persona á suplicárselo, sino que se lo envió á pedir por terceros (1): *Jesus autem ibat cum illis*; porque no pareciese que por ser el enfermo un pobre mozo se desdénaba de ir allá. Dice san Ambrosio que esto hizo para darnos ejemplo á nosotros cómo nos habemos de haber con los prójimos, no poniendo los ojos en los ricos ni en los bien tratados, sino solamente en las almas: tras estas se nos han de ir los ojos y el corazón, acudiendo tan de buena gana al pobrecito, y al mozo de caballos y al esclavo, como al caballero y al señor; porque delante de Dios el siervo y el libre, el criado y el señor, todo es uno, como dice san Pablo, y así murió Dios por el uno como por el otro, y por ventura ama y estima mas al pequeño que al grande.

Y si nuestro amor fuese muy puro y muy espiritual, antes nos inclinariamos y aplicariamos á confesar y tratar al pobre que al rico, y al bajo que al grande, por muchas razones: lo primero, por imitar el ejemplo que de esto nos dió Cristo nuestro Señor, como habemos dicho: lo segundo, porque en esos pobrecitos y bajos resplandece mas la imagen de Cristo, que siendo rico se hizo pobre por nosotros, para enriquecernos consu-

(1) Luc. vii, 6.

pobreza, como dice el Apóstol (1): lo tercero, porque de esta manera estamos mas seguros que buscamos á Dios en nuestros misterios, y que los hacemos puramente por él; porque cuando tratamos con gente granada y lucida, muchas veces se nos mezclan respetos humanos, y nos buscamos á nosotros mismos, y nuestro gusto y estimacion: no es tan seguro ese trato, ni todas veces va tan puro ni tan limpio de polvo y de paja: algunas veces es vanidad lo que parece celo: lo cuarto, porque así nos conservaremos mejor en humildad: lo quinto, porque por experiencia se ve que con estos se hace mas fruto que con esotros, y que estos son los que frecuentan mas las confesiones, y los que acuden mas á los sermones; y así vemos que á Cristo nuestro Señor estos eran los que mas le seguían, y los que se aprovechaban mas de su doctrina: *Pauperes evangelizantur*, dice el sagrado Evangelio (2): de los ricos y principales, cuál ó cuál: allá un Nicodemus, que era principal entre los judíos, y aun de ese dice el evangelista san Juan, III, v. 2, que vino á tratar con Jesucristo de noche y escondidamente: *Hic venit ad Jesum nocte*. Y mas, hay otra cosa, que á la gente llana se les dicen mas llanamente las verdades, y se les reprende lo malo con mas libertad, y lo toman ellos mejor, y hace

(1) II Cor. viii, 9.

(2) Matth. i, 1.

mas fácilmente el confesor lo que quiere de ellos; y con la gente granada algunas veces hay algun encogimiento, y no se atreve tanto el confesor, y traga la saliva para decirles lo que han menester, y muchas veces queda despues con escrúpulo y remordimiento de no haberse declarado mas, y de haber condescendido y contemporizado con ellos: y mas, con los señores gástase mucho tiempo, y en él se hace muy poco ó nada de provecho; pero con la gente llana en poco tiempo se hace mucho, porque luego se puede venir con ellos á las inmediatas, como dicen, y ser de sustancia todo lo que se trata, lo cual no puede ser con los otros: por esto gente espiritual y desengañada, amiga de su propio aprovechamiento y de hacer mucho fruto, huyen cuanto pueden del trato de los señores y de los grandes, y lo tienen por grande carga; y es consejo este muy repetido de los Santos, y conforme á aquello del Sábio (1): *Pondus super se tollet, qui honestiori se communicat*; y así vemos que son alabados y estimados mucho en la Religion los que se aplican á confesar al pobre y al negro, y á los criados y á los desarropados; y con mucha razon, especialmente que á esos otros yo aseguro que no falte quien los confiese: y si entre ellos hubiere alguno á quien os parezca que importa mas para el servicio de Dios, acudirle, si sois

(1) Eccli. xiii.

humilde; habeis de pensar que eso hará mejor el otro padre que está allí confesando, y mas sin peligro suyo; y vos echad mano del pobrecito, que por ventura ha venido algunas veces, y se ha ido sin confesar.

CAPÍTULO XV.

De otro medio para aprovechar á los prójimos, que es desconfiar de nosotros y poner toda nuestra confianza en Dios.

Habe fiduciam in Domino in toto corde tuo, et ne innitaris prudentia tue (1): Ten confianza en Dios de todo tu corazón, y no estribes en tu prudencia. Otro medio muy principal que nos ayudará mucho para conseguir el fin de nuestro instituto es el que dice el Sábio en estas palabras, y nos lo pone tambien nuestro santo Padre, y la bula (2) de nuestro instituto en aquellas dos breves palabras: *Diffidens suis viribus, et divinis fratribus*. ¿Sabeis, dice, cómo haceis mucha hacienda y mucho fruto en las almas? Desconfiando de vos mismo, de vuestras fuerzas, y prudencia é industria, y de todos los medios humanos, y poniendo toda vuestra confianza en Dios: ese es uno de los mas principales y eficaces medios que hay para hacer mucho fruto en las almas; y así esta es una de las mejores disposiciones que puede tener el obrero de Dios, que entienda que él de suyo no es

(1) Prov. iii, 5.

(2) Bula de Julio III.

para hacer cosa que algo valga, sino que toda su confianza la ponga en Dios; porque á esos toma este soberano Señor por instrumentos para hacer por su medio grandes cosas, grandes conversiones y maravillas; así lo dice el apóstol san Pablo (1): *Fiduciam autem talem habemus per Christum ad Deum: non quod sufficientes simus cogitare aliquid à nobis, quasi ex nobis; sed sufficientia nostra ex Deo est, qui et idoneos nos fecit ministros Novi Testamenti*: Tenemos una confianza en Dios, tal, que entendemos que de nuestra parte no somos suficientes ni aun para tener un buen pensamiento; sino que toda nuestra suficiencia nos ha de venir de Dios. Pues esos, dice san Pablo, hace Dios ministros de su Evangelio.

San Agustin (2) tratando de las alabanzas de Natanael, á quien alaba el mismo Cristo en el Evangelio, diciendo: *Ecce vere Israelita, in quo dolus non est*: Veis aquí un verdadero israelita, en el cual no hay doblez ni engaño ninguno, dice: Parece que un hombre como este habia de ser llamado al apostolado primero que todos, pues tal testimonio da de él el Hijo de Dios; y vemos que no sólo no es llamado el primero, pero ni al medio ni al fin; ¿qué será la causa de esto? ¿Sabeis qué? Dice san Agustin: Natanael era hombre docto, era letrado de la ley; y por eso no

(1) II Cor. III, 4.

(2) August. tract. 7 sup. Joan. I, 47.

le escogió Cristo entre sus Apóstoles, porque no quiso escoger letrados para la predicacion de su Evangelio, y convertir el mundo, sino unos pobres pescadores idiotas y sin letras, como dice san Pablo (1).

San Gregorio (2) trae á este propósito aquella historia del libro de los Reyes, cuando los amalecitas encendieron á Siceleg, y habian llevado cautivas las mujeres de David y de sus compañeros, y los niños. Uno de ellos dejóse en el camino un criado egipcio, porque cayó enfermo, y no le pudo seguir: encuéntrase David con este pobre enfermo ya casi para espirar, porque habia tres dias y tres noches que no comia ni bebia: dale de comer, y vuelve en sí, y tómale por guia de su camino, y con esa guia va tras los amalecitas, y hállalos comiendo y banqueteando con grande fiesta y regocijo, y da sobre ellos, mátalos, y quítales la presa que llevaban. Pues esa, dice san Gregorio, es la condicion del verdadero David, Cristo nuestro Redentor, que escoge los desechados y despreciados del mundo, y con el manjar de su palabra los hace volver en sí, y que sean guias suyas, haciéndolos predicadores de su Evangelio, para vencer y destruir los amalecitas, que son los mundanos que se están holgando, banqueteando y entreteniendo en los deleites y pasatiempos del mundo.

(1) I Cor. I, 17.

(2) Gregor. I. 5 Moral. c. 29; I Reg. XXX.

Pero veamos por qué hace Dios esto, y por qué escoge instrumentos tan flacos para negocios tan altos. ¿Sabeis por qué? dice el apóstol san Pablo (1). Porque no confie el hombre en sí, ni tenga ocasion de atribuirse nada á sí, sino que toda su confianza la ponga en Dios, y á él se lo atribuya y dé la gloria de todo: y estima Dios esto tanto, que para que quedásemos bien enseñados en esta verdad, y quedase muy fija é impresa en nuestro corazon, tenemos llena la sagrada Escritura de ejemplos en que escogia Dios instrumentos y medios flacos para hacer cosas grandes; para que de esa manera se entienda mejor que él es el que hace las maravillas, y no nosotros: *Ut ostenderet divitias glorie sue* (2). Eso redundaba en mayor gloria de Dios, y de esa manera se echa mas de ver su grandeza y omnipotencia. Muchas maravillas hace Dios por medio de Moisés al sacar el pueblo de Israel de Egipto; pero en ninguna conocieron tanto los egipcios la virtud y poder de Dios como cuando Moisés, sacudiendo con la vara el polvo de la tierra, lo convirtió en mosquitos, é hinchó toda la tierra de ellos: entonces los magos de Faraon viendo que ellos con todas sus artes y encantamientos no habian podido hacer aquello, confesaron y dijeron (3): *Digitus Dei est hic*: Ese

(1) I Cor. I, 29, 31.

(2) Rom. VI, 23. (3) Exod. VIII, 19.

es el dedo de Dios, y señal manifiesta de la virtud y poder grande suyo. Y en aquella guerra que Sapor, rey de los persas, movió contra los romanos, teniendo cercada con grandísimo ejército la ciudad de Nisibis, á quien algunos llaman Antioquia Migdomia, cuyo obispo era un santo varón llamado Jacobo, cuenta la Historia eclesiástica, p. 2, l. 3, c. 6, que rogaban los ciudadanos á este santo varón que viniese á la cerca, y que desde allí maldijese al ejército de los enemigos; y por sus ruegos el venerable Obispo subió á una torre, y vió millares de gentes, sobre las cuales no echó otra maldicion, ni rogó á Dios que otro infortunio les viniese, sino pulgas y mosquitos, para que fatigados por viles y pequenuelos animales, conociesen el poder soberano: y acabando de hacer oracion, descendieron sobre los persas huestes de pulgas y de mosquitos, é hincharon las trompas de los elefantes, y las narices y orejas de los caballos y de los otros animales que habia en el ejército, los cuales no pudiendo sufrir los agujeros de los animales, saltaban y derribaban á los que tenian encima, arrastraban á los que los adiestraban, y quebraban sus cervices; y corriendo fuera de orden, desbarataban los escuadrones y el buen concierto del ejército; y de esta manera el rey Sapor, conociendo el poder de Dios y la providencia que

tiene de los suyos, alzó el cerco, y se volvió á su tierra afrentado y corrido. Con pulgas y con mosquitos puede Dios hacer guerra á todos los emperadores y monarcas del mundo; y así la quiere él hacer, porque de esa manera se echa mejor de ver que él es el que la hace, y así redundan en mayor gloria y honra suya. Pues por esto también escoge Dios instrumentos y medios flacos para hacer cosas altas en la conversión de las almas; y así tenemos en las historias eclesiásticas (1) muchos ejemplos de conversiones de grandes pecadores, infieles y herejes, á los cuales muchos obispos y muy grandes letrados no habían podido convertir ni convencer en concilios generales, donde estaba la flor y nata de la Iglesia, y al fin se vinieron á convertir y convencer por medio de un hombre simple y sin letras, y por medio de unas palabras muy llanas y sencillas, para que así aprendamos á desconfiar de nosotros y á confiar en Dios, y á darle á él la gloria de todo.

De aquí tenemos de sacar tres cosas: lo primero, no desmayar ni desanimarnos, viendo nuestra poquedad y miseria, y nuestras pocas partes para un fin é instituto tan alto, y unos ministerios tan levantados como tenemos en la Compañía: antes de ahí tenemos de tomar ocasión para

(1) Histor. Eccles. et Tripart. part. 1, lib. 10, cap. 2; et part. 2, lib. 2, cap. 3.

animarnos y tener mas confianza en Dios, porque esta es su condición, tomar tales instrumentos para hacer por su medio cosas grandes y maravillosas; y así respondió muy bien el bienaventurado san Francisco á su compañero acerca de esto. Cuéntase en sus Crónicas (1) que Fr. Mafeo, muy continuo compañero de san Francisco, quiso un día tentar la humildad del Santo, como quien le tenía bien conocido, y sabía su gusto y deseo de ser menospreciado: fuese á él, y díjole: ¿De dónde á tí, que todos corren á tí? Todos te quieren ver, oírte y obederte. Tú no eres letrado, tú no eres noble ni bien dispuesto, ni eres hombre elocuente: ¿de dónde te viene que todo el mundo se vaya en pos de tí? Respondió san Francisco, como verdadero humilde que era: ¿Quieres saber, hermano mio, de dónde á mí que todo el mundo se vaya tras mí? De aquella bondad inmensa de Dios, que puso los ojos en mí, el mas pecador, mas simple y mas vil criatura de cuantas hay en el mundo; porque las cosas flacas y simples del mundo escoge Dios para con ellas confundir á los grandes y poderosos, para que toda la gloria y honra sea de Dios, y no tenga en su presencia de qué se gloriarse alguna criatura, sino que el que se gloria se glorie en el Señor, y á él solo sea dada toda

(1) Part. 1, lib. 2, cap. 65 de la Crónica de san Francisco.

la honra y gloria para siempre. Esta ha de ser nuestra respuesta, y este ha de ser nuestro consuelo y toda nuestra confianza.

Lo segundo que tenemos de sacar de aquí es, que aunque Dios por vuestro medio haga mucho fruto en las almas, y haga grandes conversiones, y aun milagrosas, no por eso os habeis de ensoberbecer ni teneros en mas, sino quedaros tan entero en vuestro propio conocimiento y en vuestra baja, como si no hubiérais hecho nada; porque no haceis vos eso por vuestras fuerzas, Dios es el que lo hace por vuestro medio. ¡Oh qué bien nos enseña así la teórica como la práctica de esto el profeta David! *Psalm. XLIII: Deus auribus nostris audivimus: patres nostri annuntiaverunt nobis opus, quod operatus es in diebus eorum, et in diebus antiquis*: Señor, con nuestros oídos tenemos oído, y nuestros antepasados nos contaron las obras y maravillas que obrásteis en sus días, en aquellos tiempos antiguos; porque Vos, Señor, obrásteis aquellas maravillas, y vuestras fueron aquellas hazañas, y no tuyas: *Manus tua gentes disperdidit, et plantasti eos: affixisti populos, et expulisti eos*: Vuestra mano poderosa, Señor, fue la que destruyó las gentes, y las echó de su tierra, y los plantó y puso á ellos en su lugar: Vos lo hicisteis, Señor: *Nec enim in gladio suo possederunt terram, et brachium eorum non salvavit eos*: que

no lo hicieron eso sus armas ni su fortaleza: *Sed dextera tua, et brachium tuum, et illuminatio vultus tui; quoniam complacuisti in eis*: Vuestra mano derecha, vuestra virtud y fortaleza, esa es, Señor, la que obró esas maravillas en ellos y por ellos; y no fue eso tampoco por sus merecimientos, sino porque os plugo á Vos, Señor, porque Vos lo quisisteis y fuisteis servido de ello.

De manera que no tenemos de que nos ensoberbecer, porque Dios obre por nuestro medio grandes cosas; antes mientras fueren mayores, tenemos de quedar mas confundidos y humillados viendo que toma instrumentos tan flacos y miserables para hacer cosas tan grandes y maravillosas. Hemos de haber en esto como se hubo el apóstol san Pedro cuando Cristo nuestro Redentor hizo por su medio aquella pesca tan grande. Cuenta el evangelista san Lucas, v, v. 4, que dijo Cristo á san Pedro que echase las redes para pescar. Responde él: *Præceptor, per totam noctem laborantes, nihil cepimus; in verbo autem tuo laxabo rete*: Maestro, toda la noche tenemos trabajado en eso, y no tenemos pescado nada; pero en vuestro nombre tornaremos á echar las redes: y como lo hicieron, cogieron tanta multitud de peces, que se rompía la red, y fue menester que los compañeros que estaban en otra nave viniesen á ayudarlos á sacarla, é hincheron

entrabam navicillas de peces: *Ita ut pene mergerentur*: era tanta la multitud de los peces, que casi hacian hundir las navicillas con el grande y excesivo peso. Dice el sagrado Evangelio que como san Pedro vio tan gran milagro: *Procidit ad genua Jesu, dicens: Exi a me, quia homo peccator sum, Domine*: Postróse san Pedro á los piés de Cristo, y dícele: Apartaos de mí, Señor, que soy grande pecador y no soy digno de estar cerca de Vos. *Stupor enim circumdederat eum, et omnes, qui cum illo erant, in captura piscium, quam ceperant*: Quedó pasmado y espantado san Pedro, y no menos humillado y confundido, viendo que él habia trabajado toda la noche en vano; y que cuando echó la red en nombre de Cristo sacó tanta multitud. Pues con este pasmo y espanto, y con esta mayor humildad y conocimiento de nuestra propia flaqueza y miseria, habemos de quedar nosotros cuando Nuestro Señor hiciere por nuestro medio alguna cosa grande. ¡Qué léjos estuvo san Pedro de envanecerse y ensoberbecerse de haber echado tan grande lance! Pues tan léjos habeis de estar vos de envaneceros y ensoberbeceros cuando por vuestro medio hiciere Dios algo, conociendo que aquella es obra de Dios, y muy ajena de vos. Esto es desconfiar de sí y confiar en Dios, y esto es atribuir á sí lo que es suyo, y atribuir á Dios lo que es de Dios. Mi-

rad lo que hizo san Pedro cuando echó las redes en nombre suyo, y ahí veréis lo que vos valeis y podeis con todos vuestros medios, industrias y diligencias: y mirad lo que hizo cuando echó las redes en nombre de Cristo, y ahí veréis lo mucho que podeis con su gracia y favor; y mirando lo primero, desconfiaréis de vos, y mirando lo segundo, cobraréis esfuerzo y confianza en Dios. De esta manera, por una parte no nos desvaneceremos, por grandes que sean las cosas que el Señor obra por nuestro medio, y por otra no desmayaremos por ver nuestra enfermedad y bajeza.

San Jerónimo propone esta cuestion: Veamos, dice (1), cuál de los dos hizo mejor, ó Moisés que, enviándole Dios á sacar su pueblo de Egipto, se excusó diciendo que no era para ello, que enviase otro que lo supiese hacer mejor; ó Isaías que, sin ser llamado ni escogido, se ofreció de voluntad para ir á predicar, diciendo: *Ecce ego, mitte me* (2). Y responde el Santo, que muy buena es la humildad y el conocer uno de sí que no es para nada, y que muy buena es tambien la prontitud y ánimo para servir y ayudar á los prójimos. Pero si quereis lo mejor, dice que de Moisés habemos de tomar la humildad, mirando á nuestra flaqueza, y de Isaías el ánimo y presteza, confiando en

(1) Hieronym. epist. ad Damasum.

(2) Isai. vi, 8.

la misericordia y bondad del Señor, que tocó sus labios y le dió suficiencia para aquello á que le enviaba: no es contraria la humildad á la confianza, ni la impide, antes le ayuda mucho; porque ayuda á poner toda la confianza en Dios, y así á tener mas ánimo y fortaleza.

Lo tercero que se ha de sacar de aquí es, que aunque es verdad que no ha de confiar ni estribar nadie en sí ni en sus medios, pero habemos de poner y hacer de nuestra parte todas las diligencias que pudiéremos para ayudar á los prójimos; porque querer que sin poner nosotros los medios haga Dios el fruto seria pedir milagros, y tentar á Dios: quiere él ayudarse de nosotros para la conversion de las almas; y así nos llama san Pablo coadjutores de Dios, y cooperadores juntamente con él (1): y por eso mandó el Señor á san Pedro que echase él sus redes, y no le quiso dar la pesca sino de esa manera; para que entendamos que no nos habemos de estar nosotros mano sobre mano; y para que por otra parte no atribuyamos el buen suceso y el ganar de las almas á nuestras redes, y á nuestras industrias y diligencias, quiso que primero hubiese san Pedro echado sus redes, y trabajado toda la noche en pescar, y que no hubiese tomado nada. De manera que habemos de echar nosotros nuestras redes, y poner todos los

medios posibles, y hacer todas nuestras diligencias, como si esto solo bastara para concluir los negocios; pero por otra parte habemos de desconfiar de todo eso como si no hubiéramos hecho nada, y poner toda nuestra confianza en Dios.

Eso es lo que nos enseña Cristo nuestro Redentor en el sagrado Evangelio (1): *Cum feceritis omnia, quae praecepta sunt vobis, dicite: Servi inutiles sumus, quod debuimus facere, fecimus*: Despues que hubiéreis hecho todas las cosas que os son mandadas, decid: Siervos somos sin provecho. Y es de notar que no dice: Cuando hubiéreis hecho algo de lo que debeis, sino: Cuando hubiéreis hecho todo lo que debeis, para que entendamos que por mas diligencias que hagamos, y por mas medios que pongamos, no habemos de confiar en ellos, sino poner toda nuestra confianza en Dios, atribuyendo y dándole á él la gloria de todo, la cual ponen los Santos por último y perfectísimo grado de humildad, como dijimos en su lugar (2).

Cuando san Pedro y san Juan sanaron á aquel cojo desde su nacimiento, que estaba pidiendo limosna á la puerta del templo, que se decia Especiosa, la gente, espantada del milagro, acudió á ellos mirándolos como á cosa divina; y díceles el apóstol san Pedro: *Viri Israelitae, quid mira-*

(1) Luc. xvii, 10.

(2) Part. 2, tract. 3, cap. 31 et 32.

(1) I Cor. iii, 9; iv, 1.

*mini in hoc, aut nos quid intuemini, quasi nostra virtute, aut potestate fecerimus hunc ambulare? Deus Abraham, et Deus Isaac, et Deus Jacob, Deus patrum nostrorum glorificavit Filium suum Jesum, quem vos quidem tradidistis, et negastis ante faciem Pilati, judicante illo dimitti: Varones israelitas, ¿de qué os espantais, y para qué nos mirais como si nosotros hubiéramos hecho esto en virtud y poder nuestro? Que no ha sido sino en virtud y nombre de Jesucristo: aquel á quien vosotros crucificásteis ha resucitado de los muertos, y en su nombre y virtud se ha hecho este milagro que habeis visto. Lo mismo les aconteció á san Pablo y san Bernabé en otro semejante milagro que hicieron, que les tenían por dioses, y los querían adorar y ofrecerles sacrificios como á tales, y traían coronas para coronarlos, diciendo (1): *Dii similes facti hominibus descenderunt ad nos*. Rompen ellos sus vestiduras, diciendo: *Viri, quid hæc facitis? Et nos mortales sumus, similes vobis homines*. ¿Qué haceis? Que tambien somos nosotros hombres mortales como vosotros, y no somos nosotros los que hacemos eso, sino Dios, y á él se ha de dar esa honra y gloria. Quedábanse ellos tan enteros en su humildad, como si no hubieran hecho nada. Así habemos de quedar nosotros despues que hayamos hecho todo lo que debemos en ayuda de las almas.*

(1) Act. xiv, 10, 14.

CAPÍTULO XVI.

De la eficacia grande de este medio de confiar en Dios para alcanzar mercedes de su mano.

El bienaventurado san Cipriano (1) declarando aquello que dijo Dios á los hijos de Israel: *Omnis locus, quem calcaverit pes vester, vester erit*: Todo el lugar donde llegare vuestro pié será vuestro, dice: *Pes vester utique spes vestra est, et quantumcumque illa processerit, obtinebit* (lo mismo dice san Bernardo): Vuestro pié es vuestra confianza; y al paso que ella anduviere, andará el recibir mercedes de Dios: hasta donde se extendiere el pié de la confianza, hasta allí será vuestro. Si confiáreis mucho en Dios, y esperaréis grandes cosas de él, grandes cosas os concederá y hará por vuestro medio; y si poco, poco. En el sagrado Evangelio tenemos muchos ejemplos que nos declaran esto. Aquel príncipe de la Sinagoga que dejaba á su hija muriendo, y cuando llegó Cristo nuestro Redentor estaba ya muerta, dice (2): *Domine, filia mea modo defuncta est; sed veni, impone manum tuam super eam, et vivet*: Señor, mi hija acaba ahora de morir; pero id allá, y poned vuestra mano sobre ella, y luego vivirá. Alguna fe y confianza tenia, pues creía que podía

(1) Cyprian. Deuter. xi, 14.

(2) Matth. ix, 18.

resucitar á su hija; pero poca, porque le parecia que era menester que se llegase y pusiese sobre ella su mano, y de aquella manera tenia confianza que viviera su hija: y hace el Redentor del mundo, conforme á la confianza que tenia; va allá, y hallóla ya muerta, y tómalala por la mano, y resucítala. La otra mujer que habia once años que padecía flujo de sangre, y habia gastado toda su hacienda en médicos, y no la habian podido sanar, llegóse á Cristo nuestro Redentor con un poco de mas fe: *Dicebat enim intra se: Si tetigero tantum vestimentum ejus, salva ero* (1): Si tocaren solamente su vestidura, seré sana; y va por medio de la gente, y llega, y toca la orilla de su ropa, y luego quedó sana. Hizo Dios con ella conforme á la fe y esperanza que tuvo. Pero el otro Centurion, que tenia su criado paralítico, tuvo mas fe que ninguno de aquestos: llegóse al Redentor del mundo, y dícele: Señor, mi criado está en la cama paralítico; pero no es menester que Vos vayais allá para sanarle, ni que él venga acá y toque vuestra vestidura: *Sed tantum dic verbo, et sanabitur puer meus* (2): estándose él allá podeis Vos mandarlo desde acá, y luego sanará. ¡Mirad qué grandísima fe! *Audiens Jesus miratus est, et sequentibus se dixit: Amen dico vobis, non inveni tantam fidem in Is-*

(1) Matth. ix, 21.

(2) Ibid. viii, 8.

rael: Mostró Cristo admiracion, y dice á los que le seguian: En verdad os digo que no he hallado tanta fe en Israel; y vuélvese al Centurion, y dícele: *Vade, et sicut credidisti, fiat tibi; et sanatus est puer in illa hora*: Hágase conforme á tu fe. Tuvo confianza en Jesucristo, que con sola su palabra le podia sanar desde allí; y sánale desde allí con su palabra. Veis cómo se ha Dios con nosotros conforme á la confianza que tenemos en él, conforme á aquello del real profeta David, Psalmo ii, v. 22: *Fiat misericordia tua, Domine, super nos, quemadmodum speravimus in te*. Cuán hondo fuere el vaso de la confianza, tanta agua sacará, dice el bienaventurado san Cipriano.

Así le aconteció tambien al apóstol san Pedro cuando Cristo Redentor nuestro le mandó que viniese á él sobre las aguas (1), que mientras no tuvo temor anduvo por encima de la mar, como si fuera tierra firme; y cuando temió, viendo un viento récio que se levantó, luego se comenzó á hundir, y así le reprendió Cristo de poca fe: *Modica fidei, quare dubitasti?* Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? Dándole á entender que porque temió y desconfió, por eso se hundia. Esa es la causa por que algunas veces parece que nos anegamos y perecemos en las tentaciones, y en los trabajos y negocios, por la

(1) Matth. xxiv, 31.